

Daniel Innerarity

**LA POLÍTICA
EN TIEMPOS
DE INDIGNACIÓN**



Galaxia Gutenberg



© Iñaki Porto

Daniel Innerarity es catedrático de Filosofía Política y Social, investigador «Ikerbasque» en la Universidad del País Vasco y director de su Instituto de Gobernanza Democrática. Ha sido profesor invitado en diversas universidades europeas y americanas, recientemente en la Universidad de la Sorbona (Paris I), en el Robert Schuman Centre for Advanced Studies del Instituto Europeo de Florencia y en la London School of Economics and Political Science. Actualmente es Director de estudios asociados de la Maison des Sciences de l'Homme, en París y titular de la cátedra Davis en la Universidad de Georgetown. Doctor en Filosofía, amplió sus estudios en Alemania (como becario de la Fundación Alexander von Humboldt), Suiza e Italia. Entre sus últimos libros cabe destacar *Ética de la hospitalidad* (premio de la Sociedad Alpina de Filosofía 2011 al mejor libro de filosofía en lengua francesa); *La transformación de la política* (III premio de Ensayo Miguel de Unamuno y premio Nacional de Literatura en la modalidad de Ensayo 2003); *La sociedad invisible* (premio Espasa de Ensayo 2004); *El nuevo espacio público*; *El futuro y sus enemigos*; *La humanidad amenazada: gobernar los riesgos globales* (con Javier Solana); *La democracia del conocimiento* (premio Euskadi de Ensayo 2012); *Internet y el futuro de la democracia*, y *Un mundo de todos y de nadie. Piratas, riesgos y redes en el nuevo desorden global*. La mayor parte de sus libros han sido traducidos en Francia, Inglaterra, Portugal, Estados Unidos, Italia y Canadá. Es colaborador habitual de opinión en *El País* y *El Correo / Diario Vasco*. Eusko Ikaskuntza-Caja Laboral le concedió el premio de Humanidades, Artes, Cultura y Ciencias Sociales 2008. Ha recibido el premio Príncipe de Viana de la Cultura 2013.

Los años de la crisis han llenado las calles de manifestantes indignados (como el 15-M en España) y han sido un revulsivo que ha dado lugar a nuevos movimientos sociales e incluso nuevos partidos. Esta poderosa ola de indignación ha hecho que se tambalearan muchas instituciones, ha desatado las grandes pasiones políticas pero también ha generado un especial desconcierto. Puede que los tiempos de indignación sean también tiempos de confusión. Este libro es un intento de calibrar lo que hay de valioso en todo ello y cuáles son sus limitaciones.

Sólo quien ha entendido bien su lógica y lo que la política está en condiciones de proporcionarnos puede evitar las falsas expectativas y, al mismo tiempo, formular sus críticas con toda radicalidad. Este libro intenta contribuir a que entendamos mejor la política porque únicamente así podemos juzgarla con toda la severidad que se merece.

En una época de indignación, que cuestiona y critica muchas cosas que dábamos por pacíficamente compartidas, Daniel Innerarity repasa nuestra idea de la política preguntándose si hemos acertado a la hora de definir su naturaleza, a quién corresponde hacerla, cuáles son sus posibilidades y sus límites, si siguen siendo válidos algunos de nuestros lugares comunes, y qué podemos esperar de ella. Intenta que esa indignación no se quede en un desahogo improductivo, sino que se convierta en un motor que fortalezca la política y mejore nuestras democracias.

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

DANIEL INNERARITY

La política en tiempos de indignación

Prólogo de
Josep Ramoneda

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2015

© Daniel Innerarity, 2015
© del prólogo: Josep Ramoneda, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015
Diseño de portada: © Estudio Pep Carrió, 2015

Conversión a formato digital:gama s.l.
Depósito legal: DL B 17398-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-08-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A José Andrés Torres Mora, compañero republicano y socialdemócrata, de quien no he conseguido discrepar más que en lo accidental. Me hubiera gustado escribir aquella dedicatoria que alguien dirigía a su maestro «a quien debía lo poco que sabía de esa materia», con la que no quedaba claro quién era más inútil, si el maestro alabado o el humilde alumno. En este caso, no hay ni desprecio involuntario ni humildad fingida porque, efectivamente, de política no sabemos casi nada, ambos dos y la humanidad entera, que tiene aquí uno de sus más enigmáticos misterios y tal vez el oficio más inexacto del mundo.

«La tarea prácticamente irresoluble consiste en no dejarse entontecer ni por el poder de los otros ni por la propia impotencia.»

THEODOR W. ADORNO,
Minima Moralia & 34.

Índice

Prólogo: la política y sus enemigos

Introducción: la política explicada a los idiotas

PARTE I. ¿QUIÉN HACE LA POLÍTICA?

1. Viejos y nuevos sujetos políticos

2. ¿El final de los partidos?

3. Políticas del reconocimiento

4. ¿Derecho a decidir?

PARTE II. LA CONDICIÓN POLÍTICA

5. El tiempo político

6. El discurso político

7. La política de las emociones

8. La importancia de ponerse de acuerdo

9. La decepción democrática

PARTE III. LA POLÍTICA EN TIEMPOS DIFÍCILES

10. La era de los límites

11. La política después de la indignación

12. Democracia sin política

PARTE IV. ALGUNOS LUGARES COMUNES

13. Democracias de proximidad y distancia representativa

14. ¿Cuánta transparencia requieren y soportan nuestras democracias?

15. La importancia y los límites de moralizar la política

16. Lo que queda de la izquierda y la derecha

PARTE V. EL FUTURO DE LA POLÍTICA

17. La política como actividad inteligente

Prólogo: la política y sus enemigos

Escribe Jürgen Habermas en un artículo titulado «La escandalosa política griega de Europa»: «Los políticos de Bruselas y Berlín se niegan a endosar su papel de políticos cuando encuentran a sus colegas atenienses. Mantienen ciertamente la apariencia, pero cuando hablan lo hacen exclusivamente en su papel económico, el de acreedores. Se convierten así en zombies en un sentido: se trata de dar al procedimiento tardío de declaración de insolvencia de un Estado la apariencia de un proceso apolítico, susceptible de ser objeto de un procedimiento privado ante un tribunal. De este modo, es más fácil negar su responsabilidad política». Y añade: es la manera de «evitar rendir cuentas por un fracaso que se ha traducido en cantidad de vidas rotas, de miseria social y de desesperación». Esta dejación de los políticos, usual en los tiempos que corren, está en el origen de un libro como *La política en tiempos de indignación*. No es la única causa del malestar con la política en tiempos de mutaciones profundas. La sumisión a este dios menor llamado mercados (que no es lo mismo que el mercado) y las nuevas tecnologías de la información, con sus efectos de contracción del espacio (globalización) y aceleración del tiempo, juegan un papel decisivo en la confusión reinante sobre el futuro de la política, de la democracia y de la gobernanza del mundo.

Daniel Innerarity se plantea este libro como un ejercicio para «entender mejor la política», combatiendo los argu-

mentos de quienes quieren destruirla, de quienes viven en la indiferencia hacia ella y de quienes practican la indignación pasiva desde la superioridad crítica. Y lo hace desde el presupuesto de que el principal problema de la política es su debilidad. Lo que la convierte en culpable óptima de todos los males y centro de tópicos y lugares comunes. El problema no es tanto la política como la mala política: el enemigo está en casa.

La indignación se hizo carne, a partir de 2011, dando una dimensión política a una crisis que se presentaba como estrictamente económica, por razones parecidas a las que denuncia Habermas. Si sólo era económica, la resolución quedaba en manos de los expertos y los políticos eludían su responsabilidad amparándose en el obscuro discurso del «No hay alternativa» que, como dice Hans Magnus Enzensberger, «es una injuria a la razón, pues equivale a una prohibición de pensar. No es un argumento, es una capitulación». Los movimientos sociales acabaron con la utopía de la invisibilidad que pretendía esconder las víctimas y los destrozos de la austeridad y pusieron de manifiesto el carácter político, social, cultural y moral de esta crisis. Las crisis tienen siempre un efecto revelador. Y en este caso lo que emergió fue el delirio nihilista que condujo al estallido: los años en que la utopía cambió de bando, en que el poder económico hizo suya la ensoñación de que no había límites, de que todo era posible, y en pleno desvarío un economista tan distinguido como Robert Lucas llegó a proclamar el fin de los ciclos económicos. La política quedó marcada por el sello de la impotencia, al ser incapaz de controlar esta fuga hacia adelante, basada en un capitalismo financiero capaz de estar en todas partes y en ninguna al mismo tiempo, desenraizado de la sociedad, a diferencia del capitalismo industrial. El nihilismo es una categoría bifronte: la creencia de que todo es posible (la pulsión destructiva como principio de salvación) conduce a la creencia de que la acción es lo que redime. «En este comienzo de

milenio», escribía Claudio Magris en 1996, «muchas cosas dependerán de cómo resuelva nuestra civilización este dilema: si combatir el nihilismo o llevarlo hasta sus últimas consecuencias.»

Esta fantasía se extendió por la sociedad en la forma de la cultura de la indiferencia, como relación con lo público del ciudadano convertido en simple *homo economicus*. Al tiempo que la economía se consolidaba como ideología que, en nombre de la racionalidad, obviaba a menudo la aparente sinrazón de la economía humana del deseo y descuidaba las bases emotivas y sentimentales de las opciones personales. Entiendo por cultura de la indiferencia la apolítica, la banalización de la palabra, el desprecio al otro (le negamos el derecho a la indiferencia, le señalamos como diferente, para tratarlo con indiferencia) y el desprecio por los perdedores. La ciudadanía se expresaba, muy de cuando en cuando, a través de momentáneas reacciones, tan ruidosas como efímeras, más morales que políticas –del entierro de Diana de Gales a las movilizaciones contra la guerra de Irak–, que raramente encontraban transformación efectiva. «Nosotros ahora todos somos clase media, podemos entendernos», decía Tony Blair. Fue esta fantasía la que creó el espejismo del fin de las ideologías –en realidad, la sumisión a una sola ideología– y es el hundimiento de esta ilusión la que ahora nos devuelve la confrontación ideológica, en un marco caracterizado por las diversas decantaciones del capitalismo, que es más un principio que un sistema.

¿Vuelve la ideología? No, la ideología no se ha ido nunca, lo que vuelve es la confrontación ideológica o, si se quiere decir de otro modo, la lucha por la hegemonía. La ideología como relato de la sociedad que determina el lenguaje y el discurso, configura la sumisión y establece pautas de conducta, no ha estado nunca ausente. Sencillamente durante unos años el debate declinó por victoria abrumadora de una parte, que supo anticipar el cambio y lanzó

una devastadora batalla ideológica a partir de finales de los setenta. Esta hegemonía se consolidó con el hundimiento de los sistemas de tipo soviético, que dio lugar al efímero discurso del fin de la historia y del triunfo definitivo del modelo liberal democrático. La historia reapareció con estrépito, en la antigua Yugoslavia, en las Torres Gemelas, en Irak, en medio mundo. Pero en Europa, la claudicación de la socialdemocracia, que viene arruinándose desde hace treinta años obsesionada en confundir el orden democrático con el espacio hegemónico delimitado por la derecha, y que culminó de la mano de Tony Blair en forma de thatcherismo de rostro humano, mantuvo viva la ilusión de la superación de las ideologías. Y, en las dos décadas previas a la crisis, la economía se convirtió en principio absoluto de legitimación política y social, completando el experimento iniciado en la Alemania de posguerra. Cuando el economicismo se impone, la sociedad acaba crujiendo. Entre el marxismo y el neoliberalismo hay un elemento común: la atribución de un carácter determinante al factor económico que olvida la conciencia trágica de la humanidad y convierte al sujeto en un ser unidimensional y aislado.

La forma que tomó la reacción al nihilismo y a los destrozos de la austeridad ha sido la indignación. La indignación no es una revolución; ésta, en sus términos convencionales, no está en el orden del día. Y la indignación no es por sí misma una política, inicialmente podía situarse en la estela de las esporádicas reacciones morales de los años anteriores a la crisis. La novedad es que esta vez no ha quedado en actos de protesta testimoniales y efímeros sino que ha tomado cuerpo en movimientos sociales y, sobre todo, éste es el gran cambio, ha buscado la transformación política dentro del sistema institucional. Así ha entrado en la lucha por el poder y su redistribución. Ésta ha sido la gran sorpresa, que ha generado desconcierto en las élites dirigentes tanto políticas como mediáticas y económicas. Los movimientos sociales tenían asignado un lugar: la calle.

No estaba previsto que tuvieran la osadía de forzar la puerta del autocomplaciente sistema bipartidista. Por una vez, una parte de los movimientos surgidos de la crítica a las élites y del discurso anticapitalista ha renunciado a la pureza de los márgenes para entrar en la pelea por el poder, y es cuando realmente han incomodado a los que mandan, que han visto su previsible sistema corporativo amenazado. Y no han querido entender la virtualidad integradora de estos movimientos, que han encauzado la irritación contra las políticas de austeridad. Desde que se han configurado como opción política real, la conflictividad social ha bajado sensiblemente. Con su presencia en la escena política, han abierto alguna línea de expectativas a una sociedad encerrada en una habitación sin vistas al futuro.

La política es débil, la política vive en la incertidumbre, la política está permanentemente expuesta, nos dice Innerarity. La debilidad ha aumentado después de la exhibición de su impotencia para poner límites a los designios de los mercados. Es este un caso peculiar de la tendencia de los humanos a construir entes transcendentales a los que transferir la última palabra sobre nuestro destino, sobre las pautas de comportamiento. La separación entre poder civil y poder religioso no ha impedido la pervivencia de lo teológico en política. Y la última formulación de ello es este genio invisible llamado mercados, a cuyos chantajes todos se pliegan, sin osar ponerles nombres y apellidos, y mucho menos desafiarlos con la legitimidad democrática. Por eso, no hay confianza en la política: no se la ve capaz de controlar los excesos del dinero. Al mismo tiempo, el gobernante ya no tiene poder absoluto sobre un territorio, la interdependencia crece y sus decisiones dependen de otros, como vemos permanentemente en la Unión Europea. Y, en su propia inseguridad, busca protección en la autoridad de los expertos, al tiempo que cede a la presión de los poderes contramayoritarios, reconociendo poder y capacidad de decisión a instituciones sin ninguna legitimidad democrática.